

José Enrique Rodó

Quien diga que nunca ha tenido un maestro, un alma recta y sabia que lo haya guiado por el camino de la perfección espiritual, creo que es muy de compadecer. Es dulce recordar a aquéllos cuyas enseñanzas y consejos han orientado nuestro pensamiento o nuestra conducta. ¡Con qué orgullo el obrero, el pintor, el hombre de ciencia, el político, recuerdan al artesano experto, al artista célebre, al sabio ilustre, al conductor de muchedumbres, con quienes hicieron su aprendizaje, y dicen: yo trabajé con él, él me enseñó a pintar, escuché sus lecciones, continúo su obra!

Nada me da más cabal idea de la continuidad del esfuerzo humano y de nuestro progreso intelectual y moral — contrastado y penoso sí, pero para mí cierto — que ver manifestarse las enseñanzas de los maestros en la obra de los discípulos, y a éstos desenvolver aquellas enseñanzas con reverente gratitud, hasta superarlas, si es necesario hasta contradecirlas!

Ningún ejemplo más alto que la piedad de Platón, ejemplo único en la historia, del discípulo que pone su propia convicción en los labios del maestro, confundándose con él hasta identificarse. Y así como veo a Platón escuchar con devoción conmovida la defensa que de sí mismo hizo Sócrates antes de su condena, sorbiendo esas palabras que luego él había de rehacer en su inmortal *Apolo-gia*, veo, muchos años más tarde, en el jardín de Academo, inclinarse atenta hacia el filósofo casi septuagenario la magra y seca figura de Aristóteles adolescente, que fija en él sus ojos chicos y centelleantes, acaso ya rumiando su contradicción esencial con la doctrina que escucha. Y en estas dos imágenes está toda entera la formación del pensamiento filosófico. Ellas nos muestran cómo, no por sola derivación ideológica, sino también por estrecho enlace personal, salieron de una fuente común los dos formidables sistemas que han dominado y plasmado todo el pensamiento posterior, luchando repetidas veces en los siglos para lograr la primacía; de un maestro, el más sabio y virtuoso que conoció la antigüedad.

Cuadros semejantes pueden multiplicarse a voluntad. Cuando yo los evoco, siento no sé qué nostalgia de cosas pasadas para siempre, que no conoceremos nunca los hombres de hoy. Triste, me pregunto: ¿yo he tenido maestros? Y no sé qué contestarme. Pero, ¡cómo los he anhelado!

Un maestro: alguien de quien la vida sea ejemplo, la palabra enseñanza. Que sepa a dónde va, a dónde debemos ir, y como el hermano mayor lleva de la mano al menor, así nos lleve. Alguien que no nos engañe, que

sienta por nosotros honda simpatía y desee nuestro bien. Alguien que crea y espere que nosotros hemos de llegar a donde él no pudo, y nos aperciba para la empresa por él soñada y no realizada. Así lo pensé al maestro y lo busqué en torno mío. Y mis ojos se detuvieron en José Enrique Rodó.

Nunca deseé gran cosa conocer a los hombres ilustres. Sé que los jóvenes desfilan ante sus ojos cansados como efímeras sombras. No les interesamos. Sé también que a menudo defraudan nuestra ilusión. Pensábamos ir a ver a un dios y nos damos con un hombre, y muy hombre, de ruin barro a veces, barro en el cual, por misteriosos motivos, como un fuego fatuo, brilla la lucecita azul de la inteligencia. ¿Cómo pude, quebrantando mi costumbre, visitar a Rodó? Algo me decía que debía creer en él. Fuí. ¿Lo vi? Sí y no. Oí su "voz en la penumbra", lo mismo que le sucedió—y ha descrito en una bella página—al poeta amigo Rafael Alberto Arrieta. Y al salir de aquel oscuro portal de la calle Cerrito, comprendí que no me había equivocado algunos años antes cuando escribía que Rodó debía ser nuestro maestro. Desde entonces lamenté no poder vivir cerca de él, no escuchar de día en día su palabra avisada y persuasiva.

¿Qué había visto yo en su obra, qué en él, que no viera antes en otros? Sin embargo, he conocido a muchos hombres de talento, doctos y buenos también.

No basta tener talento para merecer el título de maestro. No basta tener genio. Este, que en su afán de encontrar todas las mañanas la palabra que nos deslumbre, es agitado por trágica guerra íntima, no puede ser gra-

duado de maestro. Si él, ciego, no sabe a dónde va: ¿lo hemos de tomar nosotros de lazarillo? Este, cuya vida es la negación cotidiana de su obra escrita, que a cada paso claudica por ambición, por sed de lucro, por debilidad, ¿puede aspirar a que creamos en él? ¿Séneca el filósofo, con todo su talento, pudo ser otra cosa que el maestro de Nerón? ¿Cómo sentimos hoy día que su retórica moral era el fiel trasunto de esa vida contrastada entre la filosofía y las pasiones! Este que sabe a dónde va y cuya vida es íntegra, pero que, por insuficiencia de corazón, no cree sino en sí mismo, o desconfía de todos, y a nadie lleva un ápice de humana simpatía, ¿puede ganar nuestra adhesión si él mismo nos rechaza? No.

Es necesario, para que tengamos a alguien por maestro, que percibamos la unidad espiritual de su obra, que entre ella y su vida no haya oposición y que ambas desciendan hasta nosotros reclamando nuestra fe, sin la cual no pueden pasarse. De otro modo entendemos que su obra es fruto de la vanidad y con ella no busca sino la propia satisfacción; que no lleva en sí misma esta suprema virtud: que es hecha para el bien de todos, que es simiente que sólo pide donde germinar.

Así entendí yo años atrás la obra de Rodó, así volví a sentirla en el trato fugaz con él; así he vuelto a sentirla y comprenderla, al releerla ahora.

Yo no sabría contar la vida del Maestro, pero estoy seguro que no contradecía su predicación idealista. Pasóla retraído en el estudio y la meditación, sin que nunca se adueñara de su alma esa ambición insana del que, mal filósofo aunque de filosofía escriba, persigue el lo-

gro de honores y favores que no son sino vanidad de vanidades. Llegó el día en que se creyó capaz de traducir en la acción su predicación nobilísima y ocupó su puesto en la arena política. Se había equivocado. No era un político, mucho menos un político de hoy, menos que nunca un político para nuestras democracias instintivas. Su clara visión del encadenamiento histórico lo llevó a defender idealmente causas que su partido prácticamente combatía. Porque las experimentó en carne propia, él ha descrito más de una vez con amarga elocuencia las angustias del político inadaptado e incomprendido en nuestras "democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas". No era éste el campo reservado a su actividad. Abandonó la lucha; mas quien diga que lo hizo dejando un solo jirón de su honestidad moral en el campo, o no sabe lo que dice, o miente, cegado por la pasión. Se apartó. No tenía las cualidades del hombre de acción, no quiero saber ahora si más altas o más bajas que las del hombre de puro pensamiento: no tenía esas cualidades. Era un filósofo y no siempre éstos aciertan con los medios que han de realizar sus ideas. Sin embargo, aunque ellos sepan que es difícil convertir en hechos lo pensado, han de sufrir mucho los filósofos que anhelaron ser prácticamente útiles a los hombres y no lo consiguieron. ¡Cómo ha de oprimírsele el corazón a quien ve cerrarse toda puerta a su anhelo, el más puro acaso que floreció en su espíritu! Todos hemos conocido el desaliento que nace de la decepción; tanto mayor es él cuanto más alta ha sido la mira a que no alcanzamos. Rodó, de quien el pensamiento volaba tan alto, debió de sentirlo muy hon-

do, y a ese desaliento que sin duda fué royéndole la fibra, atribuyo su resolución, que a todos nos sorprendió, de alejarse sin ruido de su tierra. No creo que Rodó fuera hombre que desesperara de los suyos; pero no en vano se siente, aun por los pechos más esforzados, la atmósfera asfixiante de la ingratitud y la hostilidad.

Así, echó a viajar por las lejanas tierras donde le ha sorprendido la muerte, y yo veo en esta expatriación que voluntariamente se impuso, mejor que en ningún otro hecho de su existencia, la más clara muestra de la sinceridad de su filosofía. No sé a ciencia cierta qué pensaría él al irse; pero me parece que ponía en práctica sus propios consejos. Ante el fracaso no fué su actitud “la obstinación imperturbable”, ni “la conformidad cobarde e inactiva”, ni “el desaliento trágico o escéptico”. Hay en *Motivos de Proteo* muchas páginas que servirían de comentarios elocuentes a su determinación. “El desengaño—él ha escrito—respecto a una vocación a la que convergieron durante largo tiempo nuestras energías y esperanzas, es, sin duda, una de las más crueles formas del dolor humano”. Pero, en seguida: “Y, sin embargo, una vocación que fracasa para siempre, sea por lo insuperable de la dificultad con que tropieza el desenvolvimiento de la aptitud, sea por vicio radical de la aptitud misma, suele ser en el plan de la Naturaleza sólo una ocasión de variar el rumbo de la vida sin menguar su intensidad y su honor”.

Me esfuerzo en este momento por encontrar la expresión justa que lleve al ánimo persuasivamente mi convicción de que Rodó puso en práctica su filosofía opti-

mista que saca de los mismos fracasos condiciones para emprender más altas empresas—, cuando abandonó su patria, con el corazón afligido, sin duda, pero con el espíritu confiado; y siento la inanidad de mis palabras si las comparo con las del propio Maestro en *Motivos de Proteo*. He oído decir que su obra carece de vida. ¿Y qué? ¿Acaso la tenaz remoción que él hace de nuestro fondo moral en ese libro admirable, no es un vivo acicate para la acción? Si él mismo sacó alientos de sus máximas—así lo creo—, ¿por que no hemos de sacarlos nosotros? Nunca estuvo más cerca de su filosofía su vida vivida, que en el instante de la resolución que pareció dictarle el desaliento. Es conocido su apotegma: “Reformarse es vivir”. Mas escuchad este otro: “Viajar es reformarse”.

Y aquí entro de nuevo en el curso de mi idea madre. Fué la de Rodó una existencia que la sabiduría inspiró: sin contrastes entre el pensamiento y la acción, sin claudicaciones. Por consiguiente, una filosofía tan fecunda, que consuela y sostiene al mismo que la ha desenvuelto, no una estéril retórica de moralista sin fe en la propia prédica, es digna de que se le preste atención.

Pero ¿era la suya una filosofía egoísta, para su exclusiva confortación? No, que escribió siempre para nosotros, para los jóvenes, y para América, que es la juventud del mundo. A la juventud de América está intitulado su libro más famoso, y en la juventud siempre tuvo él puestos los ojos. Aseguran sus amigos que no acostumbraba él entregarse fácilmente, engañándose con falsas o pasajeras amistades; celosísimo de su yo, lo defendía de la estulticia y la deslealtad. Pero se abría todo

ternura, todo interés, a los jóvenes en quienes había entrevisto la promesa de los futuros frutos. No se acu-
día en vano a él en demanda de un juicio o de consejo.
bien lo saben nuestros literatos. Invocábamos su autori-
dad de Maestro, y él, como Maestro, benévolo y amis-
toso, respondía a la invocación. Siempre concienzudamen-
te, dando en amables cartas certeros dictámenes, sin la
hosca severidad de algunas grandes, fuertes corazones
que parecen no sospechar que en otros corazones más dé-
biles, la aspereza de un juicio puede agostar maravillo-
sas florecillas apenas brotadas.

Quien junte y estudie esas cartas paternas, encontra-
rá en ellas, aun en las más ligeras y de circunstancias, sa-
brosos granos de doctrina estética y moral; y es ese rico
contenido el único que, sin sufrir decepción, podíamos
esperar del autor de *Rubén Darío, Montalvo, Juan María
Gutiérrez y su época*. El pensador que nos ha enseñado
en sus libros que no existe en rigor hecho que pueda ser
desdeñado por pequeño, y menos en la casa de Psiquis,
no habría sido el Maestro ideal, si, egoísta o despreocu-
pado, no hubiese prestado atención cariñosa a todas las
posibilidades morales que desfilaban ante su clara inteli-
gencia. Así sus cartas completan su personalidad y su
obra. Nunca vulgares: explicaban, analizaban, juzgaban,
anunciaban, alentaban... Mas principalmente estaban es-
critas, como todo lo suyo, con arte admirable, y ésta no
era la menor enseñanza que de él fluía. Ya en 1899 él
aconsejaba "Decir las cosas bien", por ser ésta también
uia forma de bondad, y en toda ocasión se mantuvo fiel
a su aviso. Razonaba entonces: "Si nos concedéis en for-

ma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos". Y rogaba: "Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad".

¿Esto sólo es poco magisterio? Necesario en toda época, nunca lo ha sido más que en la presente, en que facundos dulcamaras de la filosofía, proclaman con éxito las virtudes de su bárbara charla de periódico, como les sale, así no más, al correr de la pluma.

Si la palabra arte tiene todavía un significado, si equivale a una armoniosa convergencia de todas las facultades del espíritu a un fin único: la belleza, yo digo que no ha tenido América en ningún tiempo más perfecto artífice de la prosa que José Enrique Rodó.

No es prosa la suya ciertamente para lectores apresurados o perezosos, no son sus libros para leídos en tranvía entre codazo y codazo. Prosa togada, pero sencilla en su aparente pompa, si bien se la analiza; prosa substanciosa y expresiva como ninguna, en la cual la palabra va determinando nítidamente el pensamiento que adquiere cuerpo, animación, calor, rítmico paso. Prosa finamente analítica, que no descuida un solo pormenor, ni evita una sola dificultad, ni teme un solo obstáculo, y todo lo viste y diseña: las suaves survas, los ángulos duros, los pliegues levisimos; y de cada idea o sensación expresa el exacto color: la luz plena, la sombra, el claroscuro.

ro, los más tenues y cambiantes matices... Eso hay que sentirlo, y no da para tanto el gusto de todos.

Rodó era un sumo artífice, y hartó sabía él cómo exalta y fatiga la fiera lucha por domeñar las palabras, huerañas, esquivas, rebeldes, hasta reducirlas a nuestro antojo, esfuerzo del cual como de una lid voluptuosa se sale afiebrado y exhausto, con los ojos encendidos y las rodillas flojas. Harto lo sabía, cuando escribió esa magnífica página titulada *La gesta de la forma*, es decir, la lucha por el estilo, "Íliada formidable y hermosa; Íliada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas!" Él lo sabía en qué consiste esa brega; lo supo Flaubert, quien pudo ser, según las propias palabras de Rodó, el Homero de esta Íliada; lo han sabido unos pocos escogidos en cualquier tiempo.

Por encima de todo, hoy se predica y reclama la originalidad del sentimiento. ¡Pero eso no basta! Todos sentimos con originalidad, con individualidad, mas si no encontramos la expresión precisa, nadie advertirá que nuestro sentimiento es "el nuestro", a todos les parecerá como de todos. Lo esencial es la expresión, y he de recordar a este propósito una tercera página de Rodó, su *Paradoja sobre la originalidad*, en la cual expuso con admirable agudeza de psicólogo esta oposición entre la individualidad de cada alma y la comunidad de la expresión que a todas les da igual fisonomía. "Domar el lenguaje para que exprese la "singularidad individual", sin la cual el sentimiento no es sino "un esquema abstracto y vacío",

en eso consiste la superioridad como prosista de Rodó, que supo traducir en palabras "casi todo" lo que sintió, porque, él lo ha dicho, expresarlo "todo", "hemos de entender que excede de la capacidad de las palabras".

A la luz de este criterio yo interpreto la obra maestra de Rodó, *Motivos de Proteo*, como un autoanálisis sabio y minucioso, por el cual las infinitas virtualidades y disposiciones que duermen en el fondo de nuestro ser y sólo piden ocasión para despertarse y realizarse, son descubiertas, examinadas, escudriñadas por el moralista, que tenazmente va confrontando con su propia alma lo que sucedió con los hombres del pasado de cuya vida nos quedan noticias y lo que es posible que acaezca con todos los hombres. Atended sus palabras: "Un libro que se escribe, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia substancia su capullo".

Esto es el "nosce te ipsum" una vez más practicado con arte sin par en la compleja labor de la introspección, no por solitario y estéril deleite, sino con el fin trascendente de que nos capacite para el ejercicio de la voluntad en favor de nuestro perfeccionamiento. A lo último van encaminados los *Motivos de Proteo*.

Si nos preguntamos cuál es el pensamiento capital en este libro de implacable inquisición psicológica, en cuyas páginas las ideas se ramifican y entrecruzan con aparente libertad exterior aunque rigurosa determinación interior, y la reflexión y el consejo se afirman en la verdad de la anécdota o esclarecen con la poética ilustración de la parábola, a mi parecer nos encontraremos con lo siguiente: "debemos considerar nuestra vida como una obra

de constante y ordenado progreso”, a la cual hemos de consagrarnos “con amor y encarnizamiento de artistas”. O, más brevemente: “la vida es arte supremo”.

En *Ariel*, dirigiéndose a la juventud, Rodó habíase planteado el problema social y ético de América latina. ¿Qué somos, qué debemos ser? ¿Cuál es nuestra esperanza, cuál nuestro programa de acción? Y anhelando colaborar en ese programa que él supuso que nos habríamos formulado en la intimidad de nuestro espíritu, nos dijo su verbo de aliento y de fe en aquel breviario que marca una fecha en la historia de la filosofía moral americana.

Es un libro, es notorio, que nos abre los ojos sobre dilatadas perspectivas. Su idealismo, remontándose por encima de los errores y vicios de las presentes democracias, nos señala en lontananza la democracia que él anhela y presiente, “noble, justa... dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas... en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud—únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres—reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor”.

Así encúmbrese su fantasía, instándonos para que renunciemos a la inmediata finalidad del interés, poniendo nuestra esperanza más allá del horizonte visible, con el culto perseverante del porvenir y la voluntad de perpetuarnos en nuestro pensamiento y nuestras obras; que es ésa la mayor gloria a que debemos aspirar.

Notable programa sin duda el de Próspero—legítima “oratoria sagrada”, como él mismo califica su discurso—;

pero indeterminado por la generalidad de sus ideas y sin real eficacia de sugestión, a mi juicio. Falta en él lo principal: la indicación de los medios para realizarlo. Rodó nos esfuerza para que volemos con Ariel a la conquista de las almas; pero, ¡cómo hemos de seguirlo si no tenemos alas!

Ariel, para remontar el vuelo debe afirmarse en nuestra vida interior. Y nuestra vida interior carece de firmeza. Hay que dársela. El maestro, en su ensayo, nos había insinuado los medios. Recordándonos el "Homo sum" de Terencio, nos había mandado ser antes que nada ejemplares humanos no mutilados, desenvolver libre y armoniosamente nuestra naturaleza, y, sobre todo, tener "entendimiento de hermosura" y por ahí llegar al bien. Pero esas ideas requerían más menuda explicación y desarrollo. Entendió seguramente el Maestro que para formar la sociedad hay que formar antes el individuo y a este preciso objeto consagró *Motivos de Proteo*. Fué entonces cuando se propuso enseñarnos cómo es posible hacer de la vida una obra de arte, en la cual, en una superior armonía se junten la virtud y la belleza hasta llegar a concebir la ley moral como una estética de la conducta. De esta perfección individual, cuyas condiciones él analiza en la milagrosa alquimia del nacimiento y las trasmutaciones de la vocación, al azar de los estímulos internos, conscientes o inconscientes, y de las influencias externas, bajo el acicate de la voluntad y con el norte de la esperanza—, mostrándonos, de acuerdo con un determinismo psicológico heroicamente optimista, la variedad y riqueza infinita de las combinaciones y adaptaciones de que es sus-

ceptible nuestro espíritu, ¿de esta perfección individual no nacerá la perfección colectiva?



Yo pertenezco a un partido de lucha que confía en el desenvolvimiento gradual de la humanidad hasta realizar una democracia en que haya más pan, más justicia, más verdad, más belleza. A la conquista de todo ello marchó y marchan mis compañeros, por caminos que no son en verdad los señalados por Rodó. El Maestro quería formar nuestro mundo moral; nosotros también, pero por otros medios: transformando y mejorando las condiciones materiales de la existencia, elevando su nivel, a fin de que todo sea propicio y nada adverso al libre y armonioso desenvolvimiento de los hombres. La filosofía moral del Maestro, pues, no puede ser aún para nosotros un brevariario de acción. Excelente para individuos aislados, no nos sirve en la obra de regeneración y educación de las masas. Afirmo sin embargo que *Motivos de Proteo* ha de quedar como una piedra miliar en el camino que dolorosamente andan los individuos y los pueblos en pos de su perfeccionamiento. Y tanto mayores serán su significado y valor, cuanto más avancemos. Dice el maestro Yuste en *I.a Voluntad*, de Azorín: "Pon al hombre más rudo, más grosero, más inintelectual, en una casa higiénica y confortante; aliméntalo bien, vístelo bien, haz que trabaje con comodidad, que goce sanamente... Y yo te digo que al cabo de tres, de ocho, de doce generaciones, de las que sean, el descendiente de ese rudo obrero será un bello ejemplar de hombre culto, artista, cordial, inte-

lectivo". Y yo agrego que cuando sean millones y millones esos hombres cultos, artistas, cordiales, intelectivos, los libros de José Enrique Rodó adquirirán la importancia y difusión que todavía les niega la ineducación colectiva. Antes que otro alguno, *Motivos de Proteo*, entre todos el más hondo y complejo. Entonces, cuando viva el hombre en la democracia que el Maestro soñó, aunque no nos enseñó a alcanzarla, entonces sí habrá llegado el momento de hacer de nuestra vida una obra de arte. Viviremos con "entendimiento de hermosura", entonces, lo espero; y cuando querramos desenvolver libre y armoniosamente nuestra naturaleza, sin que subsista en nosotros aptitud dormida, sin que ninguno de los gérmenes latentes en el fondo oscuro de nuestra alma deje de fructificar, *Motivos de Proteo* será para todos inexhausto venero de enseñanzas y avisos; y en la adversidad un libro amigo que conforte con su optimismo al afligido, al desilusionado, al desesperado, mejor, mucho mejor que no hayan confortado jamás al creyente, las "Consolaciones" de Boecio.



En 1909, Rodó publicaba la primera parte de su *Proteo*, "verbo fiel" de su alma, según propia confesión. Conforme con su lema "Reformarse es vivir", él nos decía al cerrar aquellos "Motivos": "Criaré alma nueva en recogimiento y silencio, como está el pájaro en la muda; y si llegada a sazón la juzgo buena para repartirla a los otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva "verdad", cuál es mi nueva palabra".

Pienso en esto, pienso en su desaparición infausta, mido la distancia que va de *Ariel*, vaga exposición de un noble ideal, a *Motivos de Proteo*, complejo y sutilísimo desarrollo de aquel ensayo, y siento una gran pena, la de aquel a quien su mejor esperanza le abandona. Harto temprano ha quebrado la Muerte entre sus secos dedos aquella pluma.

Vivo desasosegado desde hace algunos años, y más desde que estalló la espantosa guerra, por inquirir y descubrir los nuevos rumbos estéticos y morales que ha de seguir la humanidad cuando salga de este infierno "a riveder le stelle". Esta es en mí una inquietud que tiene formas de manía. Una época de la historia se ha derrumbado. Los hombres están luchando sobre los escombros, y ya empiezan penosamente, a ciegas todavía, en medio del fragor y el horror del combate, a construir el futuro. ¿Qué nuevas construcciones espirituales surgirán? Yo quisiera anteverlas, pero mis fuerzas no me dan para tanto. ¿Quién adivinará las piedras que las próximas generaciones llevarán a la obra? Sondeo la lejanía, presto oído atento a todos los rumores que de Europa y América llegan hasta mí, pero no alcanzo a presentir cuáles son las nuevas formas y voces del arte y la filosofía, que habrán de perfilarse y escucharse muy pronto. . . Rodó, espíritu egregio, heroico buceador de la conciencia, acaso fuese el hombre capaz de intuir y manifestarnos algunos aspectos de ese futuro. Su expatriación, al ponerlo en íntimo contacto con el alma a la vez diabólica y divina de Europa, acaso le abriera la senda del presentimiento. Lejos de América, emancipado de las sugerencias del medio, vién-

dola a la distancia debatirse contradictoria y desorientada frente a la tragedia, acaso se le revelasen nuestra misión y nuestro destino, que siempre le preocuparon y cuya visión es todavía poéticamente brumosa e incierta en *Ariel*. Recordemos aquí también sus palabras: "En el desenvolvimiento del espíritu, en el progreso de las leyes, en la transformación de las costumbres, un viaje de un hombre superior es, a menudo, "el Término" que separa dos épocas, el reloj que suena una grande hora. Vuelve el viajero trayendo fija en el alma una sugestión que irradia de él y se propaga hasta abarcar, en su red magnética, toda una sociedad".

Yo anhelaba y esperaba que esa sugestión nos llegase en los *Nuevos Motivos de Proteo*. El reloj, roto, ha enmudecido antes que sus campanadas anunciaran el alba.